

## Edén

---

Acaba de caer en que tiene el zapato derecho descosido. Ha sido una sensación terrible: toda la humedad del mar bajo el pulgar, aquí, en el parque soleado en el que ahora descansa y pone su cuerpo a templar.

Debió de ocurrir al pararse frente al espectáculo castrense de los chorros de la gran fuente central. El estrépito del agua le mantuvo absorto y no reparó en la fina lluvia de gotas que iban a caer fuera del vaso de hormigón, hacia el suelo, hacia sus pies.

Con un lento parpadeo, parece confirmarse a sí mismo la enésima desilusión: no podrá —nunca podrá— acercarse al local del final de la manzana a reparar la cicatriz abierta en el cuero. Le parece ridículo, y hasta obsceno, sentir de nuevo la necesidad de redefinir la expresión «perderlo todo». Lo he perdido todo, se dijo cuando abandonaron la casa: la cocina, la habitación, el armario con la ropa; cuando dejó atrás su pequeño negocio de alimentación, la balanza en el mostrador, la agenda con los contactos de los proveedores; cuando marchó sin poder decir adiós, hasta luego, hasta mañana, amigo, mañana seré yo quien gane la partida. Lo he perdido todo, se dijo cuando alcanzó la costa, esta vez sí lo he perdido todo. El mar a sus espaldas, infinito, de implacable peso, el mar con su mujer y con su hija.

El zapato con el hilo roto por el rozamiento y los agujeros de la costura a la intemperie reabre la herida por la que ya no queda nada que salir. El calcetín mojado clava de un modo casi tangible en su cabeza todo el dolor, el desprecio y la impotencia que le han llevado hasta el banco en el que está sentado. El agua que siempre fue motivo de alegría ha resultado tener un reverso tenebroso y ahora es cómplice del Mal, su sicaria, y parece decirle: recuerda que a ti te perdoné la vida para que infundas mi temor.

¿Está realmente sentado en el banco de un parque? Delante de él pasea gente con ropas, peinados y complexiones de una heterogeneidad finalmente uniforme. Siendo distintos entre sí, ninguno se le parece en nada. Y una lengua extraña le atrapa en una red de voces. Piensa en dimensiones paralelas y en la posibilidad de estar habitando una: nadie le mira; ni siquiera percibe el ademán de esquivarle con la mirada; simplemente, cruzan por delante con los ojos llenos de una realidad que ya era completa sin él.

Por fin, él mismo levanta la cabeza y descubre el espectáculo de la naturaleza ordenada, se ve rodeado de árboles imponentes de efusivos colores, de geométricas parcelas de flores incandescentes y de caminos rectísimos, de trazo firme y confiado, no sometidos a la vacilación de los hombres; anteriores a ellos, por tanto, piensa.

Sorprendido, reconoce entonces el paraíso de sus oraciones, el que madre les enseñaba, aquel lugar perfecto que, como se encargaron de recordarle en el colegio y después de él, existía para recompensa de las buenas personas. Y, al instante, siente asco, una aprensión desmedida hacia sí mismo y hacia lo que le rodea; nota al vértigo parasitando su conciencia; la deshonor de hallarse en el paraíso sin habérselo ganado. Qué hace él allí, si ni siquiera se ha presentado con un calzado adecuado.

Cierra los ojos para evitar la insultante belleza del parque, incapaz de soportar el engaño de un edén mal formulado, y viaja muy rápido a su barrio y a su hogar, a la mesa dispuesta para la comida, a la compañía en la que se reconoce. Y allí consigue encontrar cierta paz momentánea, aunque sabe que

el viaje ya solo se produce en el tiempo y que, en las sucesivas ocasiones, cada vez le tocará ir un poco más lejos.

Podía haberse descalzado, pero no lo ha hecho, y la humedad en la planta del pie vuelve a golpearle. Desesperado, comienza un viaje errante en sentido contrario, hacia el futuro. No sabe dónde estará dentro de quince, veinte años. Pero no será aquí. Quizá esté en un lugar amable, en una situación más cómoda, o en un lugar frío, con hambre, guardándose de la persecución de algunos lacayos del miedo. En cualquier caso, esto de ahora no significará nada entonces, no tendrá ningún valor, pasará, y su zapato derecho no desdecirá del izquierdo, no habrá rastro en él de las rozaduras provocadas durante su viaje entre infiernos.

*Joaquín Olmo Martínez*

---

**Joaquín Olmo Martínez** (Valle de Mansilla, León, 1981) se agarró a un lápiz siendo pequeño y eso determinó sus logros de adulto: es arquitecto, ilustrador ([juaqoolmo.com](http://juaqoolmo.com)) y también escribe cuando le dejan. Su creación literaria se compone mayoritariamente de relatos cortos y cuentos, algunos de ellos escritos en el marco de talleres literarios, para su blog o en colaboraciones con otros colectivos como Misteridea, Conectivo Divergente o la revista Ecos de Escalada.